

# YOLANDA OREAMUNO

Dejó la leyenda, se llevó a la mujer

Manuel Bermúdez

**L**a hora espera a que se desanuden los vientos agitados. El cielo plomizo cubre la ciudad acurrucada. Todo está dicho. La sentencia, la última frase. Sin embargo, es tan temprano.

Los ojos chispeantes desafían el veredicto. Ya ha pasado todo lo demás. No queda nadie. Nadie responde las cartas. No se sabe nada de allá. El hijo, el hijo no está.

Bajo la luz taciturna, ¿cómo puede aplacarse alguien así? ¿Cómo puede tragársela el tajo despiadado de un domingo insensato?

México ya no es hogar sino mortaja. Nido del destierro.

Parece empequeñecida. La gran amiga que la acompaña, la poetisa, sale a comprar algo para preparar una sopa ligera. Los dioses se lavan las manos. Esconden sus rostros. Ella ya no lucha. Tímidas lágrimas cubren el destello de furia. El último abril se derrumba en una catástrofe que se fraguó a lo largo de cuarenta años.

Quien está a punto de cerrar para siempre sus ojos divinos es una mujer llamada YO.

## El inicio

Yolanda Oreamuno Unger, nació el 8 de abril de 1916. Con poco menos de un año de edad, el destino le inscribió una señal indeleble con la muerte temprana de su padre, Carlos Oreamuno. El recuerdo no pervivió, pero sí la ausencia.

Era una niña serena y obediente. Con facilidad se hacía hermana de un árbol, de un pájaro o de una libélula. Ensimismada y tímida causaba admiración su belleza.

Gustaba de pasar en casa con su abuela materna, Eudoxia Salazar.

Ingresó a estudiar en el Colegio

de Señoritas, donde rápidamente se hizo de un grupo de amigas y cómplices. Pronto manifestó inclinación por dos áreas creativas, la pintura y la escritura. Ambas las asumía con seriedad y disciplina.

Pero lo que la hizo destacar inmediatamente fue su belleza física. Ese será el sino en que se asiente la paradoja de su existencia.

Una gran belleza femenina en una sociedad machista es una arma de doble filo, pero los dos están en contra de la mujer.

Yolanda Oreamuno gustaba mucho a los hombres. Los desconcertaba. No era solo su hermosura, sino su actitud, casi cándida, casi brutal.

Era una adolescencia de largos veranos, de paseos con amistades a Desamparados, al volcán Irazú, a Siquirres a San Isidro. Siempre los primos y hermanos de sus compañeras de colegio pedían que invitara a Yolanda. Ella vivía con su abuela, cariñosa, cómplice y confidente de los primeros suspiros y dudas.

La fama de su belleza se propagó rápido en la pequeña capital costarricense.

Florecieron los pretendientes como una veranera. Ella jugaba, casi una niña, creía que era jugando.

A los 18 años era una muchacha linda, rodeada de pretendientes, lectora voraz e independiente.

De verbo directo, no se medía para decir cuanto pensaba y sus juicios eran tajantes, muchas veces intransigentes por su vehemencia, pero siempre cordial.

Como secretaria entró a trabajar en la Legación de Chile y allí conoció a Jorge Molina Wood, diplomático de ese país. Era un hombre mayor que estimuló su interés por la literatura, se casaron y viajaron a Chile.

Pero otra vez sobreviene la fa-

talidad. Aquejado por una enfermedad incurable, su esposo decide quitarse la vida.

Yolanda regresa a Costa Rica. Ha publicado su primer cuento, en el Repertorio Americano que edita Joaquín García Monge, con quien entabla amistad y quien publicara buena parte de sus comentarios y algunos cuentos.

La inquietud voraz por la literatura prende en la muchacha que sin prejuicios ni restricciones participa activamente en la vida intelectual del país, que por esos años era agitada.

Los años treinta han provocado en Costa Rica grandes cambios. Por un lado está el auge del cine, de las estrellas y divas, el mundo volátil de las modas, que le rinde pleitesía a Yolanda por su belleza extraordinaria; por otro lado, están los intelectuales, el partido comunista, las mareas de las vanguardias, que capturan la mente despierta de la joven escritora.

Pero en ambos mundos es una mujer excepcional que siembra el desasosiego a su paso.

Unos la pretenden con dinero y posición social, otros con versos y cuadros, algunos más con ramilletes de utopías, con lánguidos amores, con romanticismos exagerados.

Entre la fiesta de sociedad y la bohemia, Yolanda Oreamuno se desenvuelve con una independencia que empieza a molestar a muchos, mientras ella trata de sacar adelante su trabajo literario, satisfacer su deseo por la palabra.

En 1937, vuelve a casarse. Esta vez con una destacada figura del partido comunista, el economista Óscar Barahona Streber.

Finalizan los treinta, Costa Rica está convulsa y el mundo vive los horrores de la II Guerra Mundial. En aquel ambiente cuajado de inquietudes establece algunas de sus amistades más entrañables, co-

mo Eunice Odio y Margarita Bertheau. Yolanda empieza a escribir su primera novela, *Por tierra firme*.

De su matrimonio con Óscar Barahona nace, en 1941, su hijo Sergio. Como mujer liberal, la maternidad es un estado ambivalente. Adora la gestación y a su pequeño hijo, pero en la sociedad de entonces eso implicaba la sujeción al hogar. Perder la libertad era perder la vida. El severo juicio social la acosa. Ella intenta mantener su condición de madre, pero no puede abandonar el mundo de sus inquietudes intelectuales. Apenas iniciaba su carrera como escritora, ya había definido un estilo, tenía una voz propia. Los problemas en su matrimonio recrudescen.

## La inteligencia

En San José, el mundo de intrigas y envidias en que se ha convertido su entorno, la asfixiaba cada vez más. Tiene claras diferencias con algunos intelectuales y su obra incomoda a muchos. Mientras, aquella jauría la rodeaba ladrándole halagos y mordiéndole las piernas.

El mito lo habían creado para sacarle provecho.

Cuando ya no hubo forma de sacarle más, cuando su inteligencia se impuso incontestable sobre su imagen física, cuando las palabras de su novela dieron una bofetada a una intelectualidad misógina y zalamera, vinieron las murmuraciones, la crítica entre corrillos, el comentario displicente.

La ácida crítica con que Yolanda Oreamuno señala actitudes de la sociedad costarricense lastima a muchos. A ella se atribuye una figura que con el tiempo se quedó en el decir popular: "Al que pretende levantar demasiado la cabeza sobre el nivel general, no se le corta. ¡No!...La bajan suavemente el suelo que pisa, y despacio, sin violencia, se le coloca a la altura conveniente".

## En México

En 1944 llega a México con cartas de Joaquín García Monge para intelectuales como Alfonso Reyes, Carlos Pellicer, Salomón de la Selva, Diego Rivera y Salvador Novo.

Escribe *Costa sombría*, llamada también *Dos tormentas y una aurora*, para su publicación en México, pero el proyecto no cuajó.

La vida empieza a ser tormentosa. El matrimonio es una contienda y decide divorciarse. El juicio social una vez más se impone. Su precaria situación económica y el mito de libertina que han tejido a su alrededor, permiten que la separen de su hijo e incluso que le prohíban acercarse. Un dolor profundo se clava en su pecho, pero más que una metáfora, empieza el padecimiento que la aquejará el resto de sus días.

Vuelve a Guatemala en 1948. Allí gana el Certamen Centroamericano 15 de Setiembre con la única de sus novelas que se publicó, *La ruta de su evasión*. Adopta la nacionalidad guatemalteca. Al ser su obra premiada en el extranjero, vino el silencio en San José. Los supuestos admiradores, los supuestos amantes, los amigos, todos guardan silencio ante su obra y su reconocimiento.

En Guatemala se establece con su antigua amiga, la poetisa Eunice Odio, quien también gana el certamen 15 de setiembre un año antes, pero en la rama de poesía. Las dos mujeres que Costa Rica no quiere ver tienen reconocimiento entre la intelectualidad guatemalteca. Sin embargo, sus condiciones económicas son precarias. Eunice escribe en periódicos y revistas. Yolanda busca trabajo y echa mano de uno de sus dones naturales, la elegancia. Como diseñadora, cose y vende prendas de vestir. Todo era tiempo robado a su mayor propósito, la literatura. Quiere volver a México.

Siguió el hilo del viento hacia la región más transparente del aire.

Los embates de la enfermedad que la aqueja se hacen más severos. Con ayuda de algunos amigos viaja a Estados Unidos. En Washington pasa internada seis meses en un hospital de caridad, donde la dan por desahuciada. Pero se recupera.

Vuelve a México; lo que más desea es escribir. Prepara dos novelas y algunos relatos. Yolanda Oreamuno escribe a sus amigos y firma con sus iniciales YO. Vive una existencia de congojas económicas. Su amiga Eunice también padece en la capital azteca. Apenas sí pueden acompañarse. A finales de 1955, ya muy deteriorada por su afección cardíaca, se traslada a vivir al pequeño apartamento de Eunice. Las dos mujeres solas luchan por salir adelante y no abandonar su creación literaria. Pero el destino ya ha dictado el último verso de la tragedia.

El martes 10 de julio de 1956, una esquela mortuoria apareció en los periódicos de San José; dos días antes, en la ciudad de México, había muerto YO.

En el cementerio mexicano, la lluvia caía sobre un mojón con el número 7363. Bajo la lápida sin nombre yacía el cuerpo de una mujer insospechada, como para borrar para siempre la leyenda con que los dioses la habían castigado.

En 1961, sus restos son trasladados al Cementerio General en San José de Costa Rica.